

Capítulo X: La batalla entre el dragón y las sombras

Dos magníficas espadas aparecieron a la vez, dos espléndidas armas. La de Neba brillante y enorme, teniendo en cuenta que era mayor que su portador. La de Curdai parecía mucho más ligera y, en vez de símbolos mágicos alrededor de la empuñadura, tenía preciosas gemas de colores bailarines.

—Cuando empiece la pelea, más soldados atacarán a los pueblos y sólo pararán si yo muero.

El lugar era bastante húmedo, con pequeñas grietas que aireaban el recinto con su fría brisa

—Lo siento por Dakar y por Sskfi. Eran muy fuertes, pero parece que la muerte los ha debilitado considerablemente — dijo a Neba.

—Me dan igual Zangho y la serpiente. Sabes a qué he venido — los ojos le llamaron — A matarte.

Los dos se pusieron en guardia, evaluando a su oponente detenidamente. Y, como si lo hubiesen acordado, atacaron a la vez, con movimientos rápidos y certeros. Parecía que bailaban, yendo a la carga y apartándose, una y otra vez. De vez en cuando, el filo de alguna arma rozaba la piel de alguno de los combatientes, creando finas heridas.

Neba vestía ligeras ropas que ondeaban con sus movimientos; Curdai, en cambio, llevaba una armadura plateada en el hombro y una capa negra y larga que rozaba el suelo con sus majestuosos movimientos.

Mientras atacaba y defendía, Neba aprovechó para empezar a dibujar un signo, pero cuando lo iba a completar, los huesos le crujieron y tuvo que parar.

Miró a Curdai jadeante. Había sido más rápido que él.

—Yo no quiero ver a un niño peleando por su hermanita. Quiero luchar contra alguien poderoso que sea digno del título de rey...

El chico lo miró desafiante entre sus cabellos rubios.

—...¿no crees, majestad? — y empezó a reír con sonoras carcajadas — Quiero un dragón.

Neba miró con odio a su oponente y con rápidos movimientos de dedos y manos, dibujó tres signos brillantes de tono metálico.

El pelo se le alborotó por culpa de una corriente de aire, todo parecía más amenazador.

—Los tres sellos prohibidos del rey maldito — Curdai abrió desmesuradamente los ojos e, inmediatamente, sonrió.

Todo se volvió negro, pero no del negro que todos conocen: un negro brillante que sólo dejaba ver las figuras de los dos combatientes, como si de personas resplandecientes se tratara. Era como un cuarto enorme de paredes azabaches.

Una figura encapuchada de manos hechas con sólo huesos apareció en la mitad del espacio, haciendo una reverencia a los dos oponentes e hizo un horripilante sonido que resonó en la oscuridad. Luego, junto con una niebla que se disipó en cuestión de segundos, volvieron a estar en el mismo sitio en el que se había empezado el combate.

—El rey maldito será nuestro juez — sonrió — Uno de nosotros va a morir.

—Creo que con tus trucos baratos te costará ganarme, enano. Tendrás que hacer algo mejor.

—Lo tendrás, estate tranquilo.

Naishä parecía dormir, pero lo que hacía era acumular energía. Las sacerdotisas le habían explicado lo que sucedía afuera: los muertos que estaban bajo el mandato de Curdai habían atacado la tumba de Geerey, el lugar más puro de las tierras de Aauría.

—Puedes morir, ¡apenas tienes probabilidades de sobrevivir! — insistían las sacerdotisas.

—Mi hermano puede morir por mí, tengo que ayudarlo.

Neba y Curdai se concentraron al máximo para transformarse. El chico se transformó en un espléndido dragón de escamas brillantes y ojos de color de las brasas. Curdai era ahora un ser alado parecido a un dragón, pero más oscuro: una gárgola.

Después de la transformación, la pelea fue brutal, todo eran gritos de dolor, destellos de luz y sangre. Todo era confuso y se hacía difícil distinguir quién era quién y era muy complicado seguir la pelea.

Cuando el dragón cayó al suelo, la gárgola rió.

—Estás perdido.

Tuvo que volver a su forma de humano, porque no podría seguir así. Tenía la piel totalmente arañada y los huesos molidos.

La princesa abrió los ojos alarmada.

—Es ahora o nunca.

Las sacerdotisas que estaban con ella se dieron la vuelta y lanzaron potentes rayos dorados hacia la chica. Ésta cayó en un sueño del que, quizá, no podría despertar.

Curdai levantó la mano para hacer estallar al joven en un millón de pedazos. Pero Neba miraba directamente a los ojos del mago.

La figura oscura esperaba paciente a lo que ocurriría.

El ambiente parecía que era el corazón de una tormenta, tenso.

Curdai se dispuso a matarlo definitivamente, pero algo lo detuvo: un potente haz de luz que le vino de frente. Murió en el acto.

Neba no pudo levantarse.

Y la figura negra agarró al mago y se lo llevó.

ray.hereinsuge.com